

—¿Cómo así, señor?

—Tú que has sido siempre el confidente único de todos mis secretos, quiero que sepas primero que nadie lo que ocurre.

—Estoy ya en brasas, señor duque.

—Siempre has sido curioso.

—Cuando se trata de dar fin á esos pádecimientos que usted pondera...

—Te he dicho que esta melancólica soledad me asesina.

—¿Y bien?

—¿No adivinas lo que voy á decirte?

—A los sesenta años no se adivina cosa alguna.

—Pues has de saber que me caso.

—¿Qué ha dicho usted?

—Que me caso.

Ambrosio se pasó las manos por los ojos como dudando si soñaba.

—¿Se casa usted, señor? Ha reflexionado usted que á nuestra edad!

—¡A nuestra edad! Yo soy un niño en comparacion tuya.

—Pero...

—Diez años me llevas lo menos.

—No son sino nueve.

—Es igual.

—¿Y no le basta á usted haber hecho infeliz á una mujer?

—A una mujer, cuyo recuerdo es mi eterna inquietud. Quiero olvidarla, y no tengo mas recurso que consagrar mi amor á otra mujer mas digna de mi nacimiento.

—Otra mujer mas digna de ser amada no la hallará usted, señor. Aquella era un ángel... era un tesoro de virtudes y de belleza. Con todo, se cansó usted de ella. La abandonó... no le quedó á la infeliz mas que el afán, el cariño del pobre Ambrosio... ¡Oh! si viviese, no estaria yo con usted, señor duque... Preferiria vivir con mi señorita, aun cuando tuviese que mendigar con ella la agena caridad, á todas las comodidades de este palacio. Era tan buena la pobrecita!... El corazon se me parte cuando me acuerdo de su desastrosa muerte.

—¿Volvemos á las andadas? Pero... ¿estás cierto que murió?

—Cayó á mis piés el dia 2 de mayo de 1808, con la criaturilla que llevaba en brazos, acribillada de heridas. ¡Malditos sean los franceses! ¡Qué no

hubiese recibido yo solo toda la descarga! Ni un balazo siquiera!!!! Salvéme por un milagro. Cuando ví caer á mi señorita me arrodillé á su lado.... era ya cadáver..... mis afanes fueron enteramente inútiles. Al ver mi desesperacion, aproximóse hácia mí un granadero con la bayoneta calada, y tuve que huir precipitadamente, dejando muertos y encharcados en su sangre aquellos adorados objetos.

Al decir esto, gruesas lágrimas surcaban el venerable rostro del anciano.

—Basta, basta— exclamó el duque gravemente conmovido—no me hables mas de esa desastrosa escena. Esos recuerdos atosigan mi corazón. Exijo el cumplimiento de la promesa que me has hecho de no hablarme mas de semejante asunto. Quiero espiar los estravios de mi juventud, proporcionando á mi hijo una madre cariñosa y una esposa que lave la mancilla de su nacimiento. Voy á casarme con la marquesa de Verde-Rama, y la hija de esta señora dará al mismo tiempo la mano á mi Eduardo. Espero que este doble matrimonio hará renacer en esta casa la paz y la alegría.

— ¡Dios lo quiera así!

El duque acabó de tomar el té cuando el reloj daba la media.

— ¡Cáspita! ¡Las dos y media! Ya es hora de ir á descansar.—El duque se levantó, y asiendo uno de los candeleros, añadió en tono afectuoso:— ¡Buenas noches, Ambrosio!

— ¡Felices, señor duque!

El lector habrá conocido sin duda, que el precedente coloquio pasó la misma noche que don Eduardo habia recibido en casa de la marquesa de Verde-Rama un saludable, aunque cruel desengaño de lo que son los amigos cortesanos y de lo que valen sus promesas.

Habia regresado á su casa dos horas antes que su padre, y aunque inmediatamente se acostó, no pudo dormir un solo instante. Su ardiente fantasía vagaba en mil reflexiones tristes que alejaban la idea consoladora de salvar á sus protegidas.

—No existen verdaderos amigos en la corte—decia indignado.— ¡Todos me han engañado!... *Estoy solo, absolutamente solo...* ¡Ni uno de los que se llaman mis amigos ha hecho gestion ninguna en favor de esas mujeres desgraciadas!.... Son pobres.... y solo porque son pobres se las desprecia... se las abandona... No, yo no las abandonaré jamás, aun cuando me dejen solo en mi empeño. ¿Y quién será aquel hombre misterioso que ha prometido sa-

tisfacer mis deseos? ¿Deberé dar crédito á sus palabras? Poco cuerdo he andado en no exigirle mas esplicaciones. Todos los dias se cometen crímenes horribles á nombre de la justicia..... ¿No podria ser esto alguna trama....? ¡A media noche! La hora es intempestiva..... Sin embargo..... iré, nada temo. ¿Solo? ¿Por qué no? ¿Tengo acaso algun amigo de quien poder fiarme? Dios me acompañará, que es el protector de la inocencia.

Cuatro argentinas vibraciones, que á manera de misteriosos ecos se repitieron á un tiempo por todos los ángulos del palacio, hicieron notar á don Eduardo que iba á deslizarse la noche entera sin dormir un solo instante.

El generoso jóven ansiaba, no que llegase, sino que hubiese ya pasado el dia siguiente, para salir de la ansiedad en que le tenian las misteriosas palabras del hombre de la cita.

Llegó por fin á rendirle el sueño; pero este sueño fué breve y precursor de una escena aterradora.

Horribles lamentos, prolongados ayes de dolor y de espanto, como los de la víctima de algun asesino, despertaron de repente á don Eduardo, que reconociendo la voz de su padre en aquellos gritos de horror, saltó del lecho, y tomando una de sus espadas dirigióse aceleradamente á la alcoba del duque.





## CAPITULO VI.

### LA REVELACION.

Angels and ministers of grace , defend us !  
 Be thou a spirit of health , or goblin damn'd ,  
 Bring with the airs from heaven , or blasts from hell ,  
 Be thy intents wicked , or charitable ,  
 Thou com'st in such a questionable shape ,  
 That I will speak to thee ;

SHAKESPEARE.

.....  
 Pero el rico de fama  
 Iba vuelcos en la cama  
 Como la mala vida alli le acosa ,  
 Y la triste conciencia  
 Aun en sueños le llama á penitencia.  
 PEREA.

Al propio tiempo que don Eduardo llegaron de tropel á la alcoba del duque los criados del mismo , algunos con luces.

Incorporado el duque en su lecho , miraba como fuera de sí á cuantos le rodeaban , y parecia no conocer á nadie. Copioso y frio sudor bañaba su pálido rostro , al cual daban la espresion del espanto el erizado cabello , la azo-

rada vista, y los espumosos y descoloridos lábios que temblaban como impedidos por horrible convulsion.

Clavó por fin sus desencajados ojos en su hijo que se aproximó á la cabecera de la cama gritando:

— ¡Padre mio!

— ¡Salvadme! ¡Salvadme! — exclamó de repente con delirante espresion el duque; y asiéndose de su hijo, parecia querer huir del lecho. — ¿No la veis?... Esa sombra... —añadia con voz trémula. — Ese fantasma lleno de sangre... me abrazaba ahora mismo... me ahogaba en sus brazos... ¡Salvadme por piedad!... ¡Ha desaparecido!... Haced que vuelva.... *Sombra infernal ó aparicion celeste, necesito hablarle... quiero pedirle perdon.*

— ¡Padre! ¡padre! ¿Qué es esto? — repuso don Eduardo con filial solididad. — Tranquílcese usted... está usted rodeado de personas que le aman.... está usted en mis brazos... soy Eduardo...

— ¡Eduardo!... ¡Eduardo!

— ¡Si, padre mio!

El duque fijó la vista en el rostro de su hijo, y como si empezára á recobrar la razon, añadió:

— ¿Eres tú?

— Yo soy.... Ambrosio está tambien aquí.

— Todos los de casa, señor duque — dijo el buen viejo — estamos á las órdenes de vucencia.

Este antiguo criado nunca dejaba de dar el tratamiento á su amo delante de testigos, á pesar de la franqueza que mediaba entre los dos cuando estaban solos.

— ¡Todos aquí! ¿por qué razon? — preguntó el duque un poco mas tranquilo.

— Nada, señor — continuó el anciano. — Si todo eso no vale nada. La maldita pesadilla de siempre.... Hoy ha dado vucencia algunos gritos.... y... la verdad... nos hemos asustado todos. — Y dirigiendo la palabra á los otros sirvientes, añadió: — cada mochuelo á su olivo, muchachos.... pues gracias á Dios todo ello no ha sido mas que una alarma falsa. A acostarse todo el mundo, procurar dormir, y Cristo con todos.

Aunque esta especie de accesos de delirio, que de algun tiempo iban adquiriendo mayor gravedad cada vez, afectaban sobre manera al buen viejo,

procuraba disimularlo, usando en semejantes lances un lenguaje festivo que contrastaba con la acerba sensacion que le hacian. Tenia su dormitorio contiguo al de su amo, y hasta aquella noche habia bastado él solo para interrumpir aquellos tristes ensueños.

Mientras los demás criados se retiraban, dijo el duque:

— Ambrosio, tengo sed.

— Ya iba á darle á vuecencia el consabido cordial que le prueba tanto.

— ¡Padre mio! pues qué... ¿tan á menudo sufre usted esas desazones?— preguntó don Eduardo.

— Sí, querido, casi todas las noches— respondió el duque, y después de tomar una bebida que le presentó Ambrosio, díjole:— Vete tú tambien á descansar. Me basta la compañía de Eduardo.

— Traeré antes la ropa del señorito, que hace un frio horroroso, y está á medio vestir. Los inviernos de Madrid dan las pulmonías de valde y no hay que andarse con repulgos de empanada. En este mundo pecador es preciso no chancearse con los elementos. La conservacion del individuo es lo primero. Procure cada cual guardar el pellejo, y Cristo con todos.

Desapareció Ambrosio, y no tardó en volver con la ropa de don Eduardo. Este se acabó de vestir y se sentó á la cabecera de la cama del duque.

Quedaron solos padre é hijo.

— ¿Está usted mejor?— preguntó don Eduardo al duque.

— Sí, hijo de mi alma— respondió el duque con ternura.— A tu lado me siento muy bien. ¿Y tú, hijo mio, estás contento? Te veo siempre tan melancólico....

— Estaria muy contento.... si usted fuera feliz.

— ¿Y quién te ha dicho que no soy feliz?

— El que es feliz suele dormir con sosiego. ¿Disfruta usted de este beneficio? No, padre mio, no. Un pesar profundo le roba á usted el sueño ó le acibara con tristes pesadillas. Tiene usted un hijo que daria su vida por ver á usted dichoso; pero este hijo no merece la confianza de usted.

— ¡Que no merece mi confianza!

— Perdone usted, padre.... soy un impertinente.... Hay secretos que no debe saberlos un hijo... y en vez de consolar á usted, parece quiera propiamente á reconvenirle!... Perdone usted; pero mientras no sepa yo el motivo de sus pesares, no debe usted tampoco estrañar mi melancolía.

—¿Y puedes tú creer que te oculto algun secreto?

—Sí, padre, me lo oculta usted; pero por desgracia me ha revelado usted lo mas acerbo de él.

—¿Yo?

—Sí, padre mio—respondió don Eduardo, enjugándose una lágrima que caia de sus ojos.

—¡Y lloras!

—¡Lloro por mi madre!

A estas palabras que don Eduardo balbuceó entre sollozos, sobrecogió al duque un estremecimiento convulsivo.

—Esplicáte—dijo con ansiedad el padre.

—¿Lo desea usted?

—Lo mando—respondió el duque como fuera de sí; pero arrepentido inmediatamente de su imprudencia, añadió en tono afectuoso:—te lo ruego, hijo mio.

—Ciertas palabras inconexas que pronunció usted un dia....

—¿Yo?

—Usted, padre, en una pesadilla ligera...

—¡Siempre pesadillas!

—Me hicieron sospechar que mi nacimiento....

—Acaba.

—Era de bastardo origen.

—¡Silencio!—esclamó el duque mirando en derredor como receloso de que hubiesen podido oír la frase que acababa de pronunciar don Eduardo, y estrechando afectuoso entre las suyas las manos de don Eduardo, añadió con ternura:—voy á decirte la verdad, hijo mio, y confio en el talento de que te ha dotado la Providencia, que la franca revelacion que voy á hacerte, será precursora de nuestra dicha. Tendria yo alguna mas edad de la que tienes ahora, cuando me enamoré de tu madre. Era una jóven linda y virtuosa; pero de humilde nacimiento. Era imposible mi enlace con ella; pero era mas imposible aun que estinguiese yo la pasion que sus encantos y sus virtudes habian hecho germinar en mi alma. Amábala con frenesí, y fui correspondido. Tú fuiste el fruto de este amor....

—Que es ilegítimo á los ojos de la sociedad—interrumpió don Eduardo con amargura.

— La sociedad ignora los pormenores de tu nacimiento. No hay para qué repetirte la desastrosa muerte de tu madre acaecida el 2 de mayo de 1808. La presencié Ambrosio, y mil veces nos ha referido sus pormenores. —

— ¡Pobre madre mia! — exclamó don Eduardo, y rindió un tributo de lágrimas á su memoria. —

El duque pasó el pañuelo por sus ojos y continuó: —

— El año doce, mal avenido con el nuevo régimen establecido por la Constitución de Cádiz, emigré contigo y con el buen Ambrosio. Hemos pasado doce años entre París y Londres, y á mi regreso he representado en la sociedad el papel de viudo. Una sola persona, además del honrado Ambrosio, es la única iniciada en el secreto de tu nacimiento. —

— Lo comprendo: mi reputacion está pendiente de la voluntad de una persona estraña. —

— Esa persona es incapaz de revelar el secreto. Además, Eduardo — continuó el duque en tono misterioso — de ti depende el que esa persona esté tan interesada como nosotros en guardar silencio sobre el pàrticular. —

— ¿De mí?

— De ti.

— Esplíquese usted.

— ¿Me hablarás con toda sinceridad?

— Es mi costumbre. —

— Díme, hijo mio, ¿está tu corazon libre?

— No entiendo esa pregunta. —

— ¿Amas á alguna mujer?

— No señor, pues aunque alguna vez he sentido latir mi pecho á la vista de una beldad, ha sido una emocion pasajera. —

— ¿Hablas de alguna belleza determinada?

— No por cierto; pues á la niña que mas me ha interesado por sus encantos, la ví un solo dia, y no he vuelto á verla. —

— Pero la conoces?

— No sé quién es, ni dónde vive, ni tengo esperanzas de verla más. —

— Todo eso nada significa. Quiere decir que no has contraido compromiso alguno. —

— No señor. —

— Pues eso es tener libre el corazon. —



—Lo comprendo muy bien; pero lo que yo no entiendo es, por qué me hace usted tan singular pregunta.

— ¡Cómo, Eduardo! ¿Estrañas esta pregunta en un padre?

—La estraño en esta ocasion.

—Es la mas á propósito supuesto que tratamos de nuestra felicidad.

—Hablábamos de mi nacimiento.

—Es verdad.

—De que existe una persona enterada de todo.

—Tambien es verdad; pero te decia que esta persona jamás revelará á nadie el secreto, y que de tí depende que esté tan interesada como nosotros en guardar silencio sobre este asunto.

—¿Y no puede usted decirme el nombre de esa persona?

—Es una señora respetable.

— ¡Una señora!

—Sí, Eduardo, una buena amiga.

— ¡Dios mio!

— ¿Qué es eso?

—Nada.

— ¡Oh! no, Eduardo, tú no estás tranquilo.

—No tengo nada.

—Sin embargo, veo correr una lágrima por tu mejilla. ¿Qué tienes, hijo mio?

—¿Usted está muy seguro de que la persona que sabe el fatal secreto, no le ha de revelar?....

—Seguro como de mí propio.

—Y con todo, esa persona.... es una mujer.....

—Pero es una mujer de talento.....

— ¡Ay, padre!

—¿Qué, hijo mio?

—Tengo ya la edad suficiente para conocer lo que es el mundo.

—Tanto mejor. Yo espero mucho de tu penetracion.

—Se necesita poco para distinguir los vicios de la sociedad.

—No te entiendo.

—La amiga de quien usted me habla, cualquier dia, en un momento de humor, creará contar una historieta agradable, y revelará ese secre-

to. La reserva no es ciertamente la virtud de las mujeres: ni es obligan-

—Te repito que puedes estar tranquilo sobre este particular.

—Pero....

—Cuando sepas de quien se trata.... Te he dicho que de una íntima amiga.

—Pero su nombre....

—¿Quieres saberlo tambien?

—Si merezco esta confianza....

—Sí, hijo mio. Tú conoces á la marquesa de Verde-Rama.

—Señora muy amable, y de lo mas distinguido de la aristocrácia de Madrid por sus títulos y por su riqueza.

—Esos elogios llenan mi corazon de júbilo. ¿Y qué te parece su hija?

—Muy amable tambien y de una belleza encantadora; pero no entiendo por qué me hace usted semejantes preguntas, siendo una sola la persona que está en el secreto.

—La marquesa de Verde-Rama es la única que sabe el misterio de tu nacimiento.

—¿Y no lo sabrá su hija?—preguntó el jóven con recelo.

—No, Eduardo... Y ahora, para que veas, no solo que no guardo yo secretos para mi querido hijo, sino que no tengo mas ambicion que la de hacerte feliz, te manifestaré el proyecto cuya realizacion hará renacer en esta casa el gozo y la felicidad. Siempre los dos solos en los inmensos salones de este palacio.... todo tiene melancólico aspecto.... todo respira tristeza.... Por la noche particularmente, es insufrible semejante soledad. Faltan en esta casa las gracias y atractivos del bello sexo.... Tú has ponderado, hijo mio, la belleza y amabilidad de dos mujeres, ó mejor dicho, de dos ángeles, que do quiera que moren, llevan en derredor la deliciosa aureola de la felicidad. Si embellecieran este palacio con sus hechizos ¿no te parece, hijo mio, que ambos seriamos dichosos?

—Pero....

—Permíteme concluir, Eduardo. Yo estoy convencido hasta lo sumo, de que la horrible soledad de este palacio es la causa principal de mis pesadillas; pero no quiero ser tan egoista que lo sacrifique todo á mi provecho. No puede haber dicha para mí sino vá esta enlazada con la felicidad de mi Eduardo. Pues bien, la marquesa de Verde-Rama, esa señora de lo mas dis-

tinguido de la alta aristocracia, única que sabe el secreto de tu nacimiento, te admite por esposo de su hija.

— ¡De su hija! — exclamó con sorpresa don Eduardo.

— De esa joven amabilísima y de una belleza encantadora, como tú dices con justicia. Además, no solo quiero darte una esposa digna de tí, sino una madre cariñosa. La misma señora marquesa admite mi mano con la condición de que se verifique el doble enlace en un mismo día. ¿No te parece magnífico el pensamiento?

— Me basta que labre la ventura de usted para que merezca mi aprobación.

— No esperaba menos de tu recto juicio. Ya me parece que desde este momento dá comienzo para nosotros una era de gozo bienhechor.

El duque exhalaba por todos lados los destellos de su alegría.

— ¿Pero si la marquesita no me ama...

— Tengo noticias muy satisfactorias sobre este particular. Ahora lo que he pensado hacer, es dar en este carnaval un gran baile. En él has de empezar tu conquista. Yo tengo ya la plaza bloqueada y entabladas las capitulaciones de rendición. Veremos si eres tú tan diestro como tu padre.

La presencia de Ambrosio interrumpió esta conversación interesante.

— ¿Qué hay de nuevo? — preguntó el duque.

— Nada, señor; venia á saber cómo se halla vucencia.

— Gracias por tu buen cuidado, Ambrosio — dijo el duque en tono jovial.

— Eso no es decir si está vucencia mas sosegado.

— Estoy muy bueno... Jamás me he sentido mejor, amigo mio. Eduardo es un gran médico.... Acaba de darme la salud, y con ella mi antiguo buen humor.

— Me alegro en el alma, y toda vez que ya se ha hecho el milagro, creo que le seria conveniente al señorito irse á dormir un rato. Me parece que ya es la hora del relevo. Yo que he dormido como un patriarca, me quedaré aquí hasta que se levante vucencia. Ya empieza á amanecer, con que, señorito, aun puede vucencia descansar algunas horas.

— Dice bien Ambrosio — añadió el duque. — Dáme un abrazo, hijo mio, y vete á dormir. Bien puedes entregarte al sueño con la dulce satisfacción de haber colmado la dicha de tu padre.

— Yo estoy muy bien aquí en compañía de usted — repuso don Eduar-

do — pero si es de su agrado que me retire....

— Mi gusto seria tenerte siempre á mi lado; pero ya ves que estoy bueno, y no hay necesidad de que acabes de pasar la noche en vela. Mañana volveremos á hablar de nuestro asunto. Entretanto reflexiona sobre las inmensas ventajas de mi proyecto, y no dudo que cada vez le hallarás mas acertado. A Dios, hijo mio.

Don Eduardo abrazó á su padre, y recibió en la frente un beso de bendicion.

Así que hubo salido el generoso jóven de la alcoba, su padre dijo al viejo criado:

— Es como un ángel. Dáme el parabien, Ambrosio.

— Con mucho gusto; pero estoy ansioso por saber el motivo de esa alegría.

— Yo me caso.

— Ya me lo dijo usted antes.

— Mi hijo se casa.

— Tambien me indicó usted algo de eso.

— Los dos nos casamos.

— ¿Y cree usted alcanzar por ese medio una verdadera felicidad?

— ¡ Oh! estoy seguro de ello. Desaparecieron ya para siempre las pesadillas. Mi corazon, lacerado hace poco de amargura, late de júbilo y me presagia el mas dichoso porvenir.

— Siendo así, esfuércese usted por ver si puede ahora lograr dormirse al impulso de esas gratas impresiones. Es el medio de que su sueño sea dulce y apacible, y toda vez que tantas felicidades se promete usted de los matrimonios en cuestion, pelillos á la mar, vengan las novias cuanto antes, eche el cura su santa bendicion, y Cristo con todos.

Mientras el duque se dormia arrullado de hermosas ilusiones, encontrados afectos luchaban en el corazon del hijo. Lejos de parecerle descabellado el proyecto de su padre, hallábale efectivamente ventajoso. El carácter de la marquesa de Verde-Rama parecíale lleno de bondadosa franqueza, su hija era amable y hermosa. Emparentando con estas notabilidades de la aristocrácia, el origen de su nacimiento quedaba oculto para siempre, y esta ventaja unida al placer de dar gusto á su padre, era una felicidad positiva que por ningun estilo debia despreciar. Con todo, parecíale que su corazon sentia al-

guna repugnancia al enlace propuesto. Acordóse de la niña que había visto algunos días atrás en el café, y él mismo se ruborizó de que los recuerdos de aquel momentáneo cuanto insignificante suceso viniesen ahora á perturbar su imaginación. Después de inmensas reflexiones, resolvióse á seguir en un todo los deseos de su padre.

Todo aquel día fué un día de gozo, un día de hermosas esperanzas para el padre y para el hijo.

Al término de este día feliz había una cita misteriosa, una cita entre las tinieblas de la noche!... Ella será el objeto del siguiente capítulo.





## CAPITULO VII.

### LA CITA.

D'un masque saint ils couvrent leur vengeance.  
BERANGER.

Chi v'ha rapito, o sécoli  
Degni d'eterna lode?  
Tutto svani. Trionfano  
Fasto, avarizia, e frode.  
SAVIOLI.

Como si las comisiones militares que llevaban el terror, el llanto, el luto al seno de honradas y pacificas familias, no fueran suficientes para saciar con sus abominables injusticias la sed de sangre y de venganza del club apostólico que avasallaba al rey, creóse una legion de espías, compuesta de crapulosos vagos, gente ruin, viciosa y de mal vivir, educada en las cárceles y presidios, asesinos de profesion los mas de ellos, gente dispuesta á todo jaez de crímenes y vilezas. Esta legion de infames esbirros, que solo germina entre la podredumbre de una córte corrompida, llamábase *policía secreta* é inva-

dia traidoramente lo mas sagrado y recóndito de la vida privada; pero no se contentaba con estos excesos, por que si á las miras del bando frailuno, de quien era miserable instrumento, convenia sacrificar la inocencia, inventábanse calumnias que conducian la honradez al cadalso, así como rara vez, aquel oculto enjambre de verdugos, dejaba de amoldarse á la voluntad del rico. El castigo ó el perdon eran objeto de inícuas especulaciones, y nunca dejaba el oro de ablandar aquellos corazones empedernidos.

La policia secreta es en todos tiempos una institucion de ignominia, de opresion y de inmoralidad, á la que solo pueden pertenecer gentes perdidas, entes irracionales que carecen de toda idea de esa estimacion propia en que estriban el honor y dignidad del hombre.

El último resultado de los paises avasallados por una policia secreta, es divinizar al rico sobre la degradacion del pobre, y no debe causar asombro si hastiado el pobre un dia de la avilantez con que se abusa de su paciencia, se despereza y ruge como el leon aprisionado, y destrozando sus grillos desgarrara tambien las entrañas de sus opresores.

Cese la insolencia de los ricos si no se quiere que los pobres se insolenten á su vez.

ATID AI

Tan exacto fué don Eduardo en acudir á la cita del personaje misterioso, que cuando llegó al paraje convenido acababan de dar las doce.

— ¡Viva la puntualidad! — exclamó saliéndole al encuentro un embozado de capa parda y sombrero calañés.

— ¿Quién es usted? — preguntó don Eduardo.

— El amigo de anoche — respondió el embozado. — No es estraño que me desconozca usted. Me vió un breve instante, no le hablé á usted mas que cuatro palabras, el traje es muy diferente, y en veinte y cuatro horas ya ve usted si me ha crecido la patilla!

— En efecto, parece usted otro con ese disfraz.

— Es mi traje usual. Ayer sí que me disfracé de diplomático para poder pisar los salones de la marquesa de Verde-Rama.

— ¡Cómo! ¿fué usted sin ser convidado?

— Mucho que sí. — Luego en tono significativo añadió: — Yo, señorito, pertenezco á una familia, que se halla siempre en todas partes sin que en ninguna se la convide. ¿No fuma usted, señorito?

—No tengo ganas— respondió con sequedad don Eduardo, que desconfiaba ya de tantos misterios.

—Pues con su licencia picaré un cigarrito.

El desconocido se desembozó, y con cachaza sobrado impertinente, sacó del bolsillo de su zamarra un cañuto de hoja de lata, que era su estuche de fumar, pues contenía tabaco del Brasil, papel, yesca y pedernal.

Empezó la operacion por un papelito que estaba pegado á los otros y tuvo que soplar repetidas veces para separarlo. Luego le colocó por uno de sus cantos entre los lábios hácia el extremo derecho de la boca. Guardó el cañuto en el mismo bolsillo de donde lo habia sacado, no sin quedarse entre el pulgar, el índice y el dedo del corazon de la mano izquierda el trozo de tabaco. Sacó en seguida una descomunal navaja y fué picándolo con ella y colocando los cachitos en la palma de la citada mano. Retiró la navaja y el tabaco sobrante, prensando el otro entre las dos palmas, y deshilándolo después con los dedos de la mano derecha, colocó el papel abarquillado entre las yemas de los dedos y la palma de la zurda, de modo, que dejando caer el brazo, pasó el tabaco á unirse con el papel. Entonces levantó otra vez la mano, y con los tres primeros dedos de entrambas arrolló el papel con la natural destreza de un consumado fumador. Hecho el cigarro, se lo colocó en la boca ladeado hácia la derecha, sacó la yesca, el pedernal y la navaja-mónstruo, y al primer choque del acero con la piedra tuvo lumbré.

—Ha de saber usted, señorito— añadió encendiendo con mucha sorna el cigarro— que como usted se avenga á la razon es negocio concluido.

—Esplíquese usted. La hora es intempestiva y deseo concluir esta conferencia.

—De buena gana me esplicaria; pero es el caso que yo no sé de este asunto mas que lo que ya le tengo dicho.

—¡Cómo! ; bribon!— exclamó colérico don Eduardo.

—Me han llamado bribon tantas veces, que van haciéndome creer que tendré algo de ello. Sin embargo, señorito, hablando ahora con toda formalidad, esta vez se trata de completar una accion benéfica. Yo no soy la persona con quien se ha de arreglar el asunto en cuestion. No soy mas que uno de sus agentes, encargado de conducirle á usted á la habitacion de un hombre benéfico con quien deberá usted entenderse.

—Pues vamos sin dilacion.



—Cachaza, señorito, la cosa es grave, y no me es permitido faltar á las órdenes que se me han dado.

—¿Qué órdenes son esas?

—¿Ve usted en aquella esquina un coche simon?

—¿Y qué?

—Nos está aguardando.

—¿Para qué?

—Para ir á casa de ese buen hombre.

—Pues vamos.

—Es que antes debo prevenir á usted una cosa, que seguramente le parecerá una impertinencia: pero que no significa nada.

—Hable usted sin rodeos.

—¿Consentirá usted en vendarse los ojos antes de llegar al punto donde hemos de apearnos?

—De ningun modo... Eso seria demasiada humillacion.

—Tiene usted mucho talento y no abandonará por un obstáculo tan leve una empresa de éxito seguro. Mañana mismo quedarian en libertad las protegidas de usted; pero si usted no quiere...

—Acabemos de una vez. ¿Por qué se me exige esa condicion?

—¡Válgame Dios, señorito! ¿No vé usted los tiempos que corren? ¿Le parece á usted leve compromiso el sacar de la cárcel á dos individuos que pertenecen al partido de los negros?

—¡Dos pobres mujeres!

—¿Y qué le hemos de hacer? Lo cierto es que hay una persona caritativa que desea combinar con usted los medios seguros de que mañana mismo obtengan la libertad, pero esta persona no quiere que antes ni después de hecho el beneficio se le conozca. Todos los hombres benéficos tienen ciertas manías... ¿Y qué le importa á usted entrar en la morada de este protector con los ojos abiertos ó cerrados?

—Vamos pues allá—dijo con arrojo don Eduardo, y se encaminó hácia el coche simon seguido del misterioso personaje.

Encajonáronse ambos en el coche, y después de dar mil vueltas y revueltas por calles estraviadas, dijo el personaje misterioso al jóven don Eduardo:

—Ya estamos muy cerca de la morada del protector, y espero que me permitirá usted vendarle los ojos.

—Vive Dios que nada voy á perder con esa ridícula operacion. Así como así nada veo. La noche está fria y tenebrosa que es un pasmo—repuso el duquecito.

—Tanto mejor. Por un lado no se le perjudica á usted, una vez que está ya en la oscuridad, y por otro llevará usted el rostro mas abrigado al saltar del coche, y no pillará una pulmonía.

—Pronto, si ha de ser—replicó en tono de mal humor don Eduardo.— Ahí tiene usted mi pañuelo. Vamos á ver cómo se maneja usted á oscuras y con el traqueo de este maldito simon.

—A las mil maravillas—respondió con jovialidad el incógnito.— Soy pájaro nocturno, y tengo por consiguiente vista de murciélago.

Aun no habia terminado esta frase, ya se habia apoderado del pañuelo de don Eduardo, y lo estaba doblando á manera de ancha corbata.

—Si he de quitarme el sombrero con el frio que hace, será un fastidio.

—No hay necesidad; pero si usted me ayuda, se hace esto en un abrir y cerrar de ojos. ¡Ea!—añadió el incógnito un momento después—ya está usted como el dios Cupido, y la operacion no podia terminarse mas oportunamente, pues no tardaremos en llegar al término de nuestro viaje.

—¿Y á dónde vamos?

—A la habitacion de un hombre de bien.

—¿De un hombre de bien?

—¿Le parece á usted imposible?

—Es efectivamente muy raro encontrar en el día un hombre de bien.

—Pues vá usted á hablar con uno que es un santo.

—¿Pero en dónde vive ese santo?

—En una celda.

—¿En una celda! ¿Luego nos dirigimos á un convento?

—Me hace usted hablar demasiado.

—¿Pero á qué conduce esa reserva? ¿Qué significan tantos misterios?

—Los santos no son como los pecadores, señorito.

—Yo creo que se burla usted de mí.

—Dios me libre! Es el asunto demasiado grave.

—Infeliz de usted, si abusa de mi credulidad.

—Tenga usted paciencia algunos minutos mas, y verá usted como no le engaño.

- Con todo, empiezo á sospechar...
- ¿Qué sospecha usted, señorito?
- Que me ha tendido usted un lazo.
- Pronto saldrá usted del error.
- Es que si tardamos...
- No tardaremos.
- Se me acaba la paciencia, y como llegue á convencerme de que usted me engaña... le ahogo.
- ¡Cáspita! ¿Conque tan valiente es usted?
- No añada usted el sarcasmo á su misteriosa conducta. No acabe usted de irritarme.
- ¿Y de qué serviría que se irritára usted?
- ¿Trata usted de insultarme?
- Nada de eso, señorito; pero quiero decir que sería inútil que se irritára usted.
- ¡Inútil!
- Ya se vé que sí. Usted podrá tener mucho valor; pero yo tambien le tengo. Usted es un gallardo jóven; pero criado entre los mimos de la fortuna. Yo soy un hombre forzado y desalmado si conviene... avezado á luchar cuerpo á cuerpo con temibles contrarios, y vencerles. Además, nunca voy desprovisto de cierta manufactura de Albacete, y hoy precisamente la llevo recién afilada. Usted se me ha entregado sin arma alguna. Ya vé usted que es mi prisionero.

—¡Malvado!—gritó lleno de cólera don Eduardo, y por un natural impulso iba á quitarse la venda de los ojos.

—Sosiéguese usted, señorito—repuso soltando una carcajada el hombre misterioso.—Cuanto acabo de decir no es mas que una chanza. Yo sigo la broma que usted ha empezado. Repito que no le pesará á usted el haberse fiado de mí.

Don Eduardo reflexionó que efectivamente era demasiado crítica su posición. Se hallaba desarmado, y su conductor acababa de soltar una amenaza que le hacia ver el peligro en que estaba. Conoció que además de ser inútil su enojo, podía costarle cara cualquiera imprudencia, y reprimiendo su natural viveza, limitóse á dirigir nuevas preguntas á su compañero, por si alcanzaba con ellas adquirir alguna luz que le sacára del estado penoso de

incertidumbre que, como es fácil suponer, le agobiaba.

—¿Con que me asegura usted que no ha de pesarme el haberme fiado de usted?

—Ya lo dije, señorito, sus deseos de usted quedarán satisfechos.

—Pero es preciso que conozca usted, buen hombre, que corresponde muy mal á mi caballerosidad.

—¿Qué correspondo mal?

—Con la mayor ingratitud.

—No estamos de acuerdo en esta parte, señorito.

—Usted mismo ve que me he entregado á usted lleno de confianza.

—¿Y qué?

—Y usted me corresponde con una reserva insultante.

—Nada tiene de insultante mi reserva, ni mi conducta adolece en lo mas mínimo de la ingratitud que usted pondera.

—¿Cómo que no?

—Como que si hay aquí alguna persona que deba estar agradecida á otra, no soy seguramente yo, sino usted, señorito.

—¿Yo?

—¡Pues qué! ¿Ha olvidado usted que ya se retiraba del baile de la marquesa de Verde-Rama, aburrido y desesperado por no saber cómo salvar á sus protegidas... porque todos sus mas íntimos amigos le abandonaron á usted... cuando yo me comprometí á proporcionarle el medio de ver sus deseos realizados?

—Es verdad.

—Luego por esta misma confesion de usted, yo soy el bienhechor, y usted el que debe estarme agradecido.

—Y lo estaré en efecto, cuando el beneficio se haya consumado.

—Antes de veinte y cuatro horas, antes de doce tal vez, estarán en libertad las dos mujeres por quien usted se interesa.

—¿Cómo se atreve usted á prometerme ese resultado con tanta seguridad? Milagro será que así suceda.

—Es que es propio de los santos hacer milagros.

—¡Siempre frases misteriosas!

—No hay en esto misterio alguno. He dicho antes que la persona á quien vamos á visitar es un santo.

—¿Y por qué no me ha de decir usted su nombre?

—Yo mismo le ignoro.

—Ha dicho usted que vive en una celda.

—Se me ha escapado esta espresion. Hace usted tantas preguntas.

—Y usted empeñado en no responder á ninguna de ellas.

—Me parece haber contestado á todas.

—Pero de una manera irritante.

—Crea usted que no es ese mi ánimo, señorito. Yo quisiera poder satisfacer su curiosidad de usted; pero no puedo separarme de las instrucciones que tengo.

—¿Y de quién recibe usted esas instrucciones?

—De mis gefes.

—Hace tiempo que sospecho que es usted de la policía secreta.

—He dicho antes que me hace usted hablar demasiado, y estoy resuelto á no contestar mas á ninguna de sus preguntas.

—He adivinado por fin algo de sus misterios. ¡Policía secreta y frailes de por medio!... Mucho puede alcanzarse... si no se me tiende alguna red.

—Ya hemos llegado á nuestro sitio.

—¡Gracias á Dios!

Efectivamente, acababa de pararse el coche.

A unos pequeños golpes que con la palma de la mano dió el personaje desconocido, oyóse el ruido de un gran cerrojo y el rechinar de una pesada puerta que giraba sobre sus goznes.

Con el auxilio del incógnito apeóse don Eduardo del carruaje, y asido del brazo de su misterioso lazarillo pasó el dintel de la gran puerta, que volvió á rechinar al cerrarse con estrépito.

Reinaba un profundo silencio interrumpido á intervalos por el melancólico quejido del buho.

Hacia rato que andaba don Eduardo por aquel siniestro recinto, cuya atmósfera parecia impregnada del hedor que arrojan en un templo las hachas apagadas después de unos funerales, cuando el lúgubre sonido de una campana que doblaba á muerto oyóse como si resonára por las bóvedas de un cementerio. El eco triste de un coro de multitud de voces que semejaba el rezo de una comunidad religiosa, completaba la tétrica ilusion de este cuadro fantástico.

Ni una sola pregunta dirigió don Eduardo á su compañero, y le siguió con paso firme hasta que se sentó en un sillón de vaqueta.

Entonces dijo una voz en tono humilde:

— Quítele, hermano, esa venda, y salga.

Obedeció el personaje misterioso, y don Eduardo se vió en un estrecho recinto, opacamente iluminado por una lamparilla que habia encima de una mesa junto á una calavera, un breviario y un crucifijo. Detrás de esta mesa, y en la parte mas oscura, distinguíase apenas un padre religioso, cuya capucha sombreaba sus facciones.

Levantóse el duquecito sobresaltado.

— Siéntese, hijo mio— le dijo el fraile— y hablemos del consabido negocio.

Volvióse á sentar don Eduardo, y se entabló entre él y el religioso la conversacion que será objeto de otro capítulo.

CAPÍTULO VIII.





## CAPITULO VIII.

### DÁDIVAS QUEBRANTAN PEÑAS.

Todo se vende este día,  
 Todo el dinero lo iguala,  
 La corte vende su gala,  
 La guerra su valentía;  
 Hasta la sabiduría  
 Vende la universidad.

GÓNGORA.

El fraile que tenia enfrente don Eduardo era uno de los individuos mas influyentes del bando apostólico, y pertenecia al club secreto que tenia avasallado al monarca.

Este indigno sacerdote sacaba todo el partido posible de su posicion social. Relacionado con los corifeos de la policia secreta, de la cual era agente el misterioso personaje de la precedente cita, especulaba con los agenos infortunios; pero especulaba de una manera hipócrita y soez, vendiendo por actos de generosa beneficencia lo que solo eran criminales excesos de codicia y egoismo.

Esto es muy común entre los individuos de ciertas instituciones degradantes, creadas en las tinieblas para ejercer el espionaje de un modo vil y traidor, oprimir al pueblo con injusticias y vejaciones escandalosas, y halagar á los poderosos prestándoles servicios de inmoralidad é infamia.

—La vista de esta pobre celda, hijo mio, le ha conmovido sin duda—dijo en tono afectuoso el fraile al sobresaltado jóven.—No tema nada.

—Yo nada temo, padre—respondió don Eduardo, afectando serenidad;—pero noto con extrañeza que se multiplican los misterios en un asunto el mas sencillo.

—No tanto como á primera vista parece.

—¿Puede haber cosa mas natural que interesarse por la suerte de los desgraciados?

—En efecto, hijo mio, es muy propio de todo corazon noble y generoso el apadrinar á los desvalidos, pero en el ejercicio de tan bellos sentimientos hay, por desdicha, un riesgo inminente.

—¡Un riesgo!

—Sí, un riesgo.

—Si es el de hacer un papel ridículo á los ojos de los que tienen á menuda el defender la causa de los menesterosos, miro como una honra el que los necios me califiquen de estravagante. Mas quiero ser estravagante de este modo, que hombre razonable, siempre que la razon se confunda con el orgullo y el desprecio de la humanidad oprimida.

—Es mayor el peligro de que hablo.

—Si usted tiene la bondad de explicarse...

—Con mucho gusto, hijo mio; y espero en la misericordia de Dios, que las palabras que él me inspire en alivio de la inocencia perseguida, producirán el mejor efecto. La religion acaba de salir triunfante de entre las garras del demonio, porque no son otra cosa que satélites de Satanás, hijo mio, esos herejes que cometieron el atentado horrible de llevarse cautivo á Cádiz al mejor de los soberanos. Con el regreso del rey y el restablecimiento de su poder absoluto, la iglesia ha recobrado á su protector por un acto de la justicia divina; ahora toca á la justicia humana vengar los agravios hechos á la magestad del trono y á los ministros del altar por los implacables ene-